

La Ilustración a examen*

Gracias a las aportaciones realizadas por la investigación histórica en las últimas décadas, el profesor Munck ha podido trazar, por primera vez, una «historia social» de la Ilustración, vista a escala europea. Hasta hace muy poco, esta historia se había escrito como la de un reducido círculo de intelectuales y de miembros de una élite adinerada o, en los diversos contextos nacionales, como la de los dirigentes de un supuesto «despotismo ilustrado».

Munck rompe con esta tradición al decidir investigar hasta qué punto el fenómeno de la Ilustración cambió también la vida del conjunto de los ciudadanos, y para ello estudia la forma en que las nuevas ideas llegaban al público, a través de la multiplicación de los libros y los panfletos, de la expansión de la prensa, de la difusión del arte en los salones públicos, de la popularización de los grabados, de la creación de sociedades de debate, etc. Las ideas difundidas por estos medios contri-

buyeron a minar en las mentes las viejas certezas, a criticar la actuación de los gobernantes, a modificar la relación entre el Estado y el ciudadano y a difundir ideas de reforma social.

Este libro parte de la convicción de que los cambios en las creencias y comportamientos dieciochescos se pueden estudiar al menos con igual provecho desde la perspectiva de las personas más corrientes: las que leían periódicos, acudían a los cafés o sociedades, participaban en los espectáculos populares, se interesaban por los temas sociales de actualidad o, sencillamente, paseaban por la ciudad con mentalidad abierta.

La interpretación que Munck ofrece se apoya en dos ideas ya expuestas por Montesquieu. Una nos recuerda que los fundamentos de la razón debían ser aplicados en toda Europa y Norteamérica, independientemente de las fronteras nacionales. La segunda idea apunta a que la Ilustración no fue un mero pasatiempo de la élite intelectual, sino que afectó a todas las clases sociales y supuso un proceso real de emancipación de los valores y creencias heredados.

El presente trabajo centra una importante parte de su investigación en lo que considera que es el «epicentro de la Ilustración»: Francia (sin la cual no podría tener sentido ningún estudio de esta época), Inglaterra y Escocia (que lideraron

* *Thomas Munck, Historia Social de la Ilustración, Crítica, Barcelona, 340 pp.*; *Luis Miguel Enciso, La Europa del siglo XVIII, Península, Barcelona, 843 pp.*; *Manuel Fernández Álvarez, Jovellanos, el Patriota, España, Madrid, 300 pp.*

el camino de la liberalización y algún otro importante cambio social), y algunas zonas significativas de la Europa protestante (especialmente, el norte de las tierras de lengua alemana).

El propósito fundamental de este libro es, por tanto, intentar observar el siglo de las «Luces» desde una perspectiva social mucho más inclusiva que la que ha sido la pauta hasta hoy.

Thomas Munck coincide con Luis Miguel Enciso en entender ambos la Ilustración como una actitud, más que como un sistema de ideas. Uno y otro participan de la misma interpretación kantiana; la Ilustración como propósito de emancipación mediante el conocimiento crítico que exige cierta determinación. Sin embargo, sus libros son de carácter muy distinto. El de Enciso es una historia general, en materias y países, del XVIII europeo. Es, sobre todo, un texto recopilador, de especial interés para estudiantes.

El profesor Enciso es catedrático de historia moderna de la Universidad Complutense de Madrid y como investigador se ha ocupado fundamentalmente de la época de la Ilustración. De las cinco partes que forman el amplio estudio que comentamos, una de ellas la dedica en exclusiva a este tema, insistiendo en la idea de que la Ilustración, en caso de que se defina, sólo puede ser vista como un modo de proceder, sin que ello se identifique con

una metodología dogmática que se eleve sobre el propio proceso a analizar, cuestionar, criticar. Se trata, pues, de un «mecanismo» a través del cual se constituye la razón frente a cualquier tipo de dogmatismo.

«A mi modo de ver —añade—, la Ilustración se entiende mejor si se la considera no como un sistema de ideas, y menos como una ideología, sino como una actitud capaz de transformar al hombre y al mundo que le rodea». El fundamento de tal actitud se encuentra en definiciones de época, como el *sapere aude* kantiano, el *osez penser* volteriano o el «propio entendimiento» de Feijoo, y se expresa, sobre todo, a través de tres postulados: la fe en la capacidad creativa y transfiguradora de los saberes, el respeto crítico —y, a veces, el ataque— a la fe cristiana y el afán de reformas. Es una actitud global que envuelve una concepción de la vida cuyo centro es el hombre, independizado de las tutelas sociales, políticas y religiosas tradicionales, y poseído de una fe en sus propios medios, razón y ciencia, que le permiten resolver los problemas de la existencia y dominar la naturaleza, lo que se concreta en un humanismo optimista y progresivo.

La Ilustración, según Enciso, se resumiría en cuatro puntos esenciales: 1) la aceptación de la investigación científica y de sus resultados, aun a riesgo de chocar con las opiniones corrientes; 2) la lucha contra

la superstición y los prejuicios, en especial, los que conducen a cualquier forma de opresión o injusticia; 3) la reconstrucción y reexamen crítico de todas las creencias básicas, y 4) el interés por las obras de reforma económica y social.

Y a propósito de estos cuatro postulados traemos a nuestras páginas la reciente reedición del sugestivo trabajo de Manuel Fernández Álvarez sobre Jovellanos, prototipo del ilustrado español: magistrado recto, político honesto, humanista entusiasta, educador insigne, patriota excelso, estoico ante la adversidad, el atropello y la muerte. Un incansable luchador por la libertad y por la grandeza de su pueblo.

Con su biografía, Fernández Álvarez consigue que los lectores vivan y mueran un poco con el personaje biografiado: su niñez, sus años de formación, sus funciones de magistrado sevillano, su amor imposible. A continuación, el joven Jovellanos asciende en una brillante carrera cortesana, ingresa en todas las Reales Academias, pronuncia el *Elogio* del buen rey Carlos III, escribe el *Informe sobre la Ley Agraria* y por ser leal con sus amigos y defenderlos frente a la opresión va a parar al destierro. Seguidamente se esfuerza por hacer más próspera su patria chica, volcando todos sus anhelos en mejorar la educación de la juventud, a través de un centro piloto como el Instituto Asturiano. Jovellanos conoce por

dentro lo que es el poder bajo el Antiguo Régimen, saborea lo amargo de la persecución, para acabar en la prisión sin proceso de los años de Bellver. Recibe la libertad en una España sacudida por la más atroz de las guerras, hace de tripas corazón para ayudar al país desde el puesto de máxima responsabilidad y, por fin, busca el retiro en Asturias, el rincón perdido de sus antepasados, para tener que huir apresuradamente con la muerte ya en el corazón.

Jovellanos fue un humanista ilustrado, pero abierto también a las nuevas ciencias experimentales, porque sabía que de ellas dependían el progreso y el bienestar de su pueblo. En política fue un estadista honesto de corte liberal, «en cuanto que trató de buscar una salida lúcida al despotismo ilustrado en el que se había formado» —comenta Fernández Álvarez—. ¿Cuál era su *idearium* político? Desde luego no era un revolucionario, pero sí un partidario de que los pueblos fuesen gobernados por una Constitución, al modo de la francesa de 1791. Estaba muy pendiente de la política que se iba fraguando en Cádiz, con la esperanza de que llegara a imponerse en España un sistema bicameral, como en Inglaterra o en Norteamérica, que pudiera evitar los radicalismos del poder legislativo. Lo esperaba todo de las Cortes; unas Cortes que él promovería, aunque no tendría vida para verlas terminadas, las famosas de Cádiz que otor-

garían la Constitución de 1812, cuando hacía un año que Jovellanos había fallecido.

Otra faceta importante que el autor destaca en su biografía es que su personaje fue un cristiano sincero, en la línea de los jansenistas españoles, firmes en sus creencias y ciñendo a ellas sus actos, pero con tolerancia hacia los demás.

Munck, Enciso y Fernández Álvarez nos ofrecen tres importantes lecturas para ahondar y reflexionar un poco más en el complejo y rico mundo de la Ilustración.

Isabel de Armas

Luis Cernuda en México, en España

La lectura –relectura en buena parte, si tengo en cuenta la primera edición (1981)– de *Luis Cernuda en México*¹ parece ir confirmando que el lugar de la obra del gran poeta sevillano cada día cuenta con una comprensión más honda y exacta. Esto lo confirman muchos de los

¹ James Valender (Recopilador), *Luis Cernuda en México*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2002.

textos acogidos en el catálogo, también coordinado por Valender, que la Residencia de Estudiantes ha editado con motivo de la exposición sobre el autor de *La realidad y el deseo*. No obstante, aún se echan de menos ensayos verdaderamente interesados sobre su obra. Me explico: no sólo que traten de ver lo que hay en esos poemas sino lo que hay vivo en el lector de eso que hay en los poemas. Además, la poesía de Cernuda tiene un acento crítico, indisociable de su lírica, pero parangonable, en la medida en que es el mismo mundo moral que observamos en su obra en prosa. No comprenderemos rectamente la dimensión poética sin entender la crítica, y viceversa.

Por otro lado: ¿hasta cuándo debemos esperar la biografía de Cernuda? La reciente y amplia cronología llevada a cabo por Valender muestra un excelente guión que la obra del poeta, los testimonios y las correspondencias existentes podrían ampliar hasta constituir un vasto retrato de nuestro autor. Sólo se necesita a un estudioso con imaginación, porque sin imaginación no hay biografía, sólo documento. Sin duda, si la amplia correspondencia que Cernuda mantuvo con Octavio Paz, desde 1938 a 1963, estuviera a disposición de los lectores o de los estudiosos, dicha biografía sería más completa. Fue el mismo Paz, en un ensayo inaugural, quien afirmó que los poetas no tienen biografía, que su obra